

buye a generar uno de los encantos más deliciosos de la obra: el del anacronismo, que, de paso, la relaciona con la mejor tradición de la literatura colombiana: Arturo, Mutis, García Márquez.

Hoy, cuando la crítica académica, con su jerga jarta y sus métodos melindrosos, irrumpe incontenible en el dominio de la poesía, sorprende un libro de ensayos en el cual el autor, sin pudor, se mete en el interior de los autores estudiados y emplea la voz de la omnisciencia; se apoya en la experiencia de otros creadores, en vez de citar a los teóricos al orden del día universitario; apela a esencias como el genio del pueblo francés (pág. 15), la doble condición francesa de inteligencia y pasión (pág. 21) o el corazón humano, en lugar de asumir una perspectiva relativizante, irónica; usa un lenguaje rico en metonimias, metáforas, antítesis y prosopopeyas, en vez de la objetividad de ladrillo del científico sin imaginación; y se aproxima a la obra (sin embromar con datos y fechas) como testimonio de la vida, culminación de una actitud ética, y no como un ente autónomo enteramente lúdico e inocuo.

Cuatro elementos vinculan los ensayos: la crítica del cristianismo y su visión de la vida como virtud nacida de las privaciones; la celebración de vidas de escritores que pueden leerse como versos de un vasto poema simbólico; la democracia como contexto ideal para la realización humana, a cuya construcción contribuyen las vidas ejemplares de los poetas y la poesía como ámbito supremo donde se postulan los grandes interrogantes del hombre y el lenguaje alcanza su plenitud.

Dos textos son aquí fundamentales: el primero y el último (no por azar los más extensos), que, a manera de prólogo y de epílogo, se destacan por la luz que proyectan sobre las obras tratadas y por poner de manifiesto la poética y la visión del mundo de Ospina. Una poética que es una ética y una moral, que postula el regreso y la alianza con la naturaleza como morada de lo humano; la recuperación del valor del cuerpo como posibilidad de dicha y fuente de gozo; la fe en la divinidad impersonal de la que somos la conciencia y el lenguaje; la reconciliación con la muerte y el renacer de lo divino. Este

conocimiento nos facilita el acceso al orbe poético de Ospina que, desde otra perspectiva, persigue también el sentido de la poesía y de la vida en una sociedad incrédula y fanáticamente racionalista.

Hay en este libro una higiénica retórica —eufonía y tersura de la frase— sabiamente manejada que no se desconecta de la eficacia significativa. La venerable tradición del buen decir se conjuga con una saludable asimilación de Borges, que trasciende los tics estilísticos (la evitación del énfasis, los rasgos circunstanciales, la metáfora del tejido de la realidad) y le permite al autor crear un cosmos verbal pleno de paradojas y de intenso, incesante diálogo con el amplio ámbito cultural de Occidente, desde sus helénicas esculturas hasta sus filósofos y sus profetas.

ARIEL CASTILLO MIER

Los demonios de Rosero Diago

El capitán de las tres cabezas

Evelio Rosero Diago

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1995, 97 págs.

Los tres cuentos que constituyen este libro hacen manifiesta la habilidad de Rosero Diago para crear escenarios y personajes diversos.

Así, el primer cuento, *La princesa calva*, se desarrolla como una parodia de las historias de caballerías. Por eso, en él aparecen personajes propios de ese mundo: reyes, princesas, caballeros, un ave prodigiosa y un enano.

Pero, mediante el recurso de crear para destruir y viceversa, propio de las tres historias que componen este volumen, en seguida encontramos que tales personajes poseen atributos —o más bien defectos— que los alejan demasiado del mundo caballeresco. De este modo, hallamos que el rey es un déspota; la reina y sus consejeros, unos pusilánimes; los caballeros, feos, sucios e inclementes, y el personaje principal,

precisamente, una muchacha calva, una princesa calva, desesperada y grosera.

Pareciera que, mediante ellos, Rosero Diago tratase de destruir el esquema propio de los cuentos infantiles, ya que aquí no hay personajes arquetípicos, ninguno de ellos constituye cabalmente un modelo educativo para un niño. Sin embargo, la destrucción de la forma característica del cuento infantil tradicional no es definitiva, pues la perseverancia del caballero contrahecho (que es tuerto, desdentado y manco de brazo y cojo de una pierna) logra imponerse y, al final, la princesa calva y su caballero consiguen evadirse de un reino mísero y hostil volando a costas de un pájaro desgredado. Al final, de todos modos, el bien termina imponiéndose sobre el mal, aunque, en este caso, los héroes, en el transcurso de sus aventuras, pierden su belleza inicial.

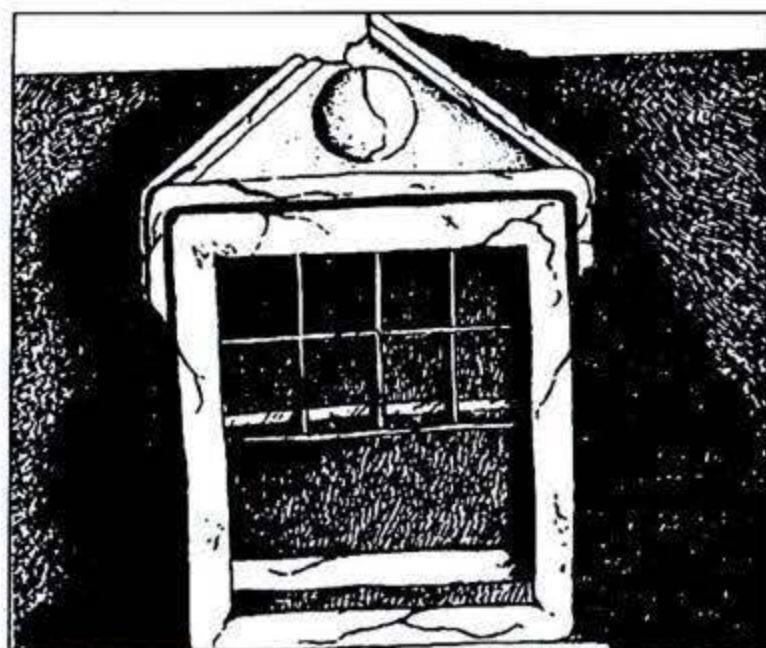


El segundo cuento, que es el más breve y, en nuestro criterio, el mejor logrado de todos, tiene como *leitmotiv* el verso con que Dante dio principio a su obra maestra: "Nel mezzo del camin di nostra vita" ("En mitad del camino de la vida").

Es la historia de tres amigos que a los treinta y cinco años, en mitad de la vida, no han realizado aún el mayor anhelo de su existencia: ser capitán de un barco.

Acaso esta historia, aunque construida con recursos propios del cuento infantil, tales como retruécanos, reiteraciones, enumeraciones e hipérboles, resulta, por su temática, un cuento más apropiado para adultos, para personas que se hallan en ese momento crucial de la existencia en que se posee el en-

tendimiento y la experiencia necesarios para realizar grandes hazañas y que, sin embargo, se hallan en una selva oscura donde todo parece inducirlos al fracaso. Una bella alegoría del viaje hacia el Paraíso, representado aquí por la búsqueda de ese barco que el capitán de las tres cabezas (tres amigos: tres cabezas unidas en un solo corazón) logra por fin encontrar, mas no en el exterior, no con dinero ni mediante la obtención de un barco real, sino a través de una iluminación de un estado de gracia interior al que sólo se llega mediante la insistencia en el ideal y la renuncia a todo lo que podría desviarnos de su camino. Así, El capitán de las tres cabezas llega a entender finalmente que su barco es el mundo entero, que siempre ha estado bajo sus pies moviéndose sobre las olas del universo.



Alegría se denomina el último cuento. Es el más extenso de los tres y en él proliferan, incluso hasta la exasperación para un lector avezado, los juegos de palabras y las exageraciones. Algunas veces, sin embargo, tales juegos de palabras se justifican y demuestran la gran habilidad del autor para aprovechar las múltiples posibilidades significativas y sonoras de las palabras. Así ocurre, por ejemplo, cuando juega con el sentido y el sonido de palabras como "invitado" e "inventado":

"El Triste es solamente un
/aparecido,
el invitado que nadie invitó.
Un inventado" (pág. 79).

O en series como:

"Es por eso que enrojece y enverdece y se tuerce y se destuerce y se retuerce..." (pág. 95).

Por lo demás, este último cuento tiene también un *leitmotiv*, que es el viejo lugar común de concebir el mundo como un circo, un circo, eso sí, lleno de espectadores y de artistas tristes.

Rosero Diago crea así una interesante antinomia que desarrolla desde el mismo título, pues, llamándose *Alegría*, tiene como protagonista al hombre más triste entre los tristes, quien busca precisamente en un circo, en un lugar presumiblemente alegre, el motivo de su tristeza.

En todas estas historias aparecen los que Vargas Llosa llamó, aunque refiriéndose a García Márquez, "demonios del escritor": los niños lúcidos y tristes, los enanos prodigiosos (que no son otra cosa que el avatar fabuloso de los niños), en fin, la obsesión de Evelio Rosero Diago por captar el mundo trágico, hostil y desesperanzado de los niños de nuestro país.

ANTONIO SILVERA ARENAS

Silva liberado

Chapolas negras

Fernando Vallejo

Alfaguara, Santafé de Bogotá, 1994,
262 págs.

La metáfora para designar la parábola vital, la biografía del poeta, escogida por Fernando Vallejo es la de *Chapolas negras*, tomada de la imaginería y la tradición popular para designar un destino signado por los hados de la desgracia y la muerte.

El autor nos dice:

Las chapolitas negras que están en el título de este libro son las mismas que se posan en las vigas de los altos techos anunciando a la Muerte y que la gente corre a sacar del cuarto con escobas largas, o mejor dicho uniendo escobas, que ni alcanzan, rompiendo las telarañas. ¡Para qué si no hay remedio! Si la chapolita negra entró al cuarto el muerto es seguro. Con

esas maripositas negras empieza la Muerte su boleteo. Ya nos estás estorbando, ¿te vienes o te vas?

La vida de Silva biografiada deviene en novela. Como fue la de Porfirio Barba Jacob. Con gran maestría literaria y capacidad de persuasión, con la convicción que da la lectura de los documentos, sus propias pesquisas, el autor, un escritor e investigador conocido y reconocido, logra liberar al poeta José Asunción Silva, presentándonos al hombre de cuerpo entero. Su diario de contabilidad es el hilo para recrear el personaje, imaginar su personalidad. Silva —dice Vallejo— era indeciso o simulador o ambas cosas, oscilando entre Sanín Cano y Miguel Antonio Caro. Adulador del poder representado en los presidentes Rafael Nuñez, de quien hizo un largo artículo laudatorio, y Miguel Antonio Caro, a quien dedicó su oda a Bolívar, escrita con el mismo estilo que el vicepresidente.

José Asunción Silva está atrapado entre la modernidad capitalista mercantil, su dandismo y una sociedad atrasada y violenta, desarticulada interiormente, carente de proyectos nacionales y sumida en las guerras y las intolerancias.

Así las cosas, era un ejemplar desgarrado en profundas y cortantes contradicciones y aspiraciones, que sólo su suicidio, acto heroico de rechazo a estas tensiones, y su poética lograda le permiten trascender, ser realidad y leyenda. Un patrimonio de las letras y la sociedad colombiana.



Lo que lleva al suicidio al poeta es la locura que su biógrafo establece. Un optimismo tan desenfrenado y soñador